

# Luz en la oscuridad

Basílica de la Macarena, 30 de junio de 2022

**Francisco Correal**

(A los romanos de Abundio, la centuria macarena de los armaos de Puertollano, tierra de cartagineses)

\*\*\*

“¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?”, dice el Evangelio de San Mateo, el que Bach hizo música y Pasolini llevó al cine.

El mismo evangelista, el que dejó la recaudación de impuestos para seguirlo, escribe en otro pasaje: “Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”.

¿Quién eres, Dios mío? Aquel al que el viento y el mar le obedecen no tiene donde reclinar la cabeza. Me veo de rodillas en la estampita de mi primera comunión. La leo completa, como si os invitara de nuevo:

Haz Jesús que desde hoy

Jamás vuelva yo a pecar.

Haz Jesús que allá en el Cielo

Logre contigo Reinar.

El niño Francisco-Andrés Correal Naranjo recibió por vez primera el Pan de los Ángeles el día 6 de junio de 1965 en la Parroquia de Santa Bárbara (Poblado Calvo Sotelo) Puertollano. Imprenta La Económica. Calle Santísimo, 7.

Aquel niño no sabía que un año antes, 31 de mayo de 1964, la Esperanza Macarena había sido coronada canónicamente. Ni se imaginaba que muchos años después iba a estar delante de su Hijo preguntándole quién eres, Señor, que en realidad se traduce en un quién soy porque todo lo que soy es lo que tú Eres; el que está en lo escondido; el que enaltece a los humildes y humilla a los poderosos. El que se identificó con los más pobres (y lo sigue haciendo en el 75 aniversario de Cáritas); el que abogó por la paz en el mundo y una de sus más escandalosas enemigas, la injusticia. El que abre sus brazos a quienes nos dejaron.

Un Jesús que te sacude por dentro, te interpela, te zamarrea. En los largos meses de pandemia estuve cerca de seis meses en Rusia sin salir de casa, los que dediqué a leer los dos volúmenes de Guerra y Paz de Tolstoi, auténtico manual de la piedad escrita por un hombre de fe, y en el segundo centenario de su nacimiento con dos novelas de Fedor Dostoievski, 'Crimen y castigo' y 'Los hermanos Karamazov'. Tres hermanos, como los mosqueteros de Dumas: Dimitri, acusado de dar muerte a su padre; Iván, que es el ateo; y Aliosha, el que cree en Dios. Iván y Aliosha tienen una larga conversación en una taberna donde suenan las bolas de la mesa de billar y la música de un acordeón. Es el

capítulo que el escritor ruso titula El Gran Inquisidor. Jesucristo aparece en Semana Santa en Sevilla. Así lo cuenta:

“Desciende a las tórridas plazas y calles de la ciudad meridional, donde, la víspera, en presencia del rey, de cortesanos, de caballeros, de cardenales, de hermosísimas damas de la corte, ante la numerosa población de toda Sevilla, el cardenal Gran Inquisidor había hecho quemar poco menos de un centenar de herejes ad majorem gloriam Dei”. Jesucristo aparece ante el atrio de la catedral de Sevilla cuando introducen en el templo un pequeño ataúd blanco en el que yace una niña de siete años. “Si eres Tú, resucita a mi hija”, le dice la madre. “La niña se levanta en el féretro, se sienta y mira a su alrededor, sonriente, abiertos sus sorprendidos ojos”, escribe Dostoievski. El Gran Inquisidor manda a su guardia que lo detengan. “La guardia conduce al prisionero al viejo caserón del Santo Oficio y lo encierra en un estrecho calabozo abovedado. Pasa el día, llega la noche de Sevilla, oscura, calurosa, sin aliento. El aire despide aromas de laurel y limonero”.

Después de esta descripción del autor ruso, el Gran Inquisidor le hace la gran pregunta. “¿Por qué has venido a estorbarnos? Pues tú has venido a estorbarnos, y lo sabes. Pero ¿sabes lo que pasará mañana? No sé quién eres ni quiero saberlo: si eres tú o sólo una semejanza suya; pero mañana te condenaré y te haré quemar en la hoguera como al más vil de los herejes”.

No digo cómo termina el episodio para no estropear la lectura de quienes no conozcan la obra y su sorprendente final. Me quedo con la pregunta. ¿Por qué has venido a estorbarnos? ¿A quién estorba Jesús? Yo soy periodista y lo poco que tengo lo he conseguido a base de preguntar. Lo

de tener y no tener (perdonen la licencia cinematográfica: yo nací el año que murió Humphrey Bogart) es muy relativo. "Sólo lo posee todo el que no posee nada", nos dejó dicho Santa Teresa Benedicta de la Cruz.

El Gran Inquisidor sigue sentenciando a Jesús. Hay un poeta de la generación del 27, Gerardo Diego, que compartió el premio Cervantes con Jorge Luis Borges, el escritor argentino amigo del Papa Francisco cuando era arzobispo Bergoglio. Borges muere en junio de 1986, justo una semana antes de aquel gesto futbolístico de Maradona que quedó señalado como la mano de Dios. Gerardo Diego es el montañés de ese grupo de poetas. En la foto que se hicieron en Sevilla en diciembre de 1927, imagen en la que curiosamente faltan los poetas sevillanos (Cernuda, Aleixandre, Villalón), Gerardo Diego y Rafael Alberti están en ambos extremos del grupo. En plena República, cuando Manuel Azaña dijo en las Cortes que "España ha dejado de ser católica", el poeta cántabro, paisano de vuestro hermano mayor, escribe un poema del que como una oración extraigo estos versos:

"Jesús sentenciado a muerte.  
No bastan sudor, desvelo,  
Cáliz, corona, flagelo,  
Todo un pueblo a escarnecerte.  
Condenan tu cuerpo inerte,  
Manso Jesús de mi olvido,  
A que, abierto y exprimido,  
Derrame toda su esencia.  
Y a tan cobarde sentencia  
Prestas en silencio oído".

Yo pretendía venir a esta cita sin bibliografía, ligero de equipaje. Contaros cómo me encuentro y convivo con el Señor, luz en mi oscuridad. Es el pecado de los periodistas, venial espero, que unas palabras nos llevan a otras. Cuando me pidieron un título para esta meditación y elegí Luz en la oscuridad recordé una de las grandes obras teatrales de Antonio Buero Vallejo, 'En la ardiente oscuridad'. Con una joven periodista asturiana lo entrevistábamos en su casa de Madrid y se nos estropeó la grabadora; nos invitó a abandonar su vivienda y yo me hice garabateador. En 45 años de oficio en Sevilla sólo utilicé el magnetofón para entrevistar al portugués Jose Saramago antes de conseguir el Nobel y de escribir El Evangelio según Jesucristo. Garabatos que tomaba en la charla con el cardenal Tarancón en foto que conservo de Jesús Martín Cartaya, con Carlos Amigo detrás recién llegado a Sevilla.

Me pedían la ficha cofrade. Yo soy hermano mayor. Me nombraron el 24 de junio de 1959. Ese día, en un pueblo coruñés llamado Puentes de García Rodríguez, nace mi hermano Juan, el segundo de los cinco varones de Francisco y Maruja, a saber: Paco, Juan, Blas, Quique, Mario. La familia se muda a la Mancha. Mientras mi padre busca casa en Puertollano, nos quedamos en la panadería donde mi abuelo Andrés era maestro panadero. Allí el timón religioso de los rezos, oraciones, rosarios lo llevaba mi abuela Carmen, manchega de Calzada de Calatrava. Vivir en una panadería era como una profecía. En 2022 se cumplen cien años de la muerte de Marcel Proust. En su búsqueda del tiempo perdido dice que el periódico es un pan espiritual. Los dos tienen la misma periodicidad diaria y buscan la verdad. El ritual del pan y el periódico es insustituible. El pan está en el Padrenuestro que no he dejado de rezar un solo día

desde que tengo uso de razón. El periódico me lleva al Verbo que se hizo carne, a la Buena Noticia, a la premisa de que sin Anuncio no hay conversión. Id y predicad el Evangelio. Y conste que Jesús, aunque vivamos en una ciudad cofrade, capillita y semanasantera, sigue siendo incómodo en las redacciones de los periódicos. Con buenos modales e incluso con una sonrisa beatífica los jefes y compañeros siguen haciendo esa pregunta: ¿Por qué has venido a estorbarnos? Es la actualidad del escándalo de la cruz.

Por eso celebramos como triunfos cuando algunos sacerdotes aparecen como protagonistas de su manera de ejercer el apostolado: ayer destacué en mi periódico las bodas de oro sacerdotales de Emilio Calderón, párroco de San Pío X, en las Letanías, honores que le han cogido convaleciente, y hoy mismo han rotulado unos jardines de Bellavista con el nombre de Pedro Ybarra, que antes de ser párroco de Santa Cruz estuvo muy comprometido con las necesidades de ese barrio obrero, cuna de quien fue presidente del Gobierno Felipe González Márquez.

Os leo la frase y después os hablo de su autor. "El amor de Dios a los hombres no distingue a éstos entre blancos y negros, buenos o malos, santos o pecadores. A todos ama por igual... Me permitiré decir o sugerir una excepción: Dios ama más a quienes menos aman a Dios". Esto lo escribió Manuel de Unciti y Ayerdi en un libro titulado "Teología en vaqueros". ¿Y quién es Manuel de Unciti y Ayerdi? Hay hasta una biografía sobre él que escribió Juan Cantavella, (((un periodista que se casó en Aínsa, en el Pirineo Aragonés, y a la vuelta de su boda me dieron la noticia de que había nacido mi hermano Mario, el quinto, mi capicúa, yo del 57 él del 75, del que fui su padrino y también de su hija Marta

cuando la bautizaron en la Mezquita-Catedral de Córdoba))). Unciti era un cura donostiarra nacido el primer día de 1931 que me casó primero con Sevilla y después con Triana. El hombre que me formó y conformó como periodista y como persona. Como cura y como periodista vivió in situ el Concilio Vaticano II. Haciendo el camino de Santiago con otros amigos, este cura tuvo la idea de fundar una residencia para estudiantes de Periodismo. Yo di de casualidad con ella. Fue mi auténtica Universidad.

Sin ese cura probablemente yo no estaría esta noche hablando ante vosotros. Fue quien me recomendó para venir a hacer prácticas a El Correo de Andalucía el verano de 1977. El decano de la prensa andaluza fundado por el cardenal Marcelo Spínola. Aquel mes de agosto de 1977 mueren Elvis Presley, Antonio Machín, Groucho Marx y Antonio Rodríguez Buzón, el pregonero de la Semana Santa del que me detengo a leer una placa con sus versos cada vez que paso por la calle Caballerizas.

Dos meses de prácticas que se convirtieron en 45 años de ejercicio de la profesión. Doce años después de aquel aterrizaje, el mismo cura me casó con Triana. Me explico: ofició el sacramento del matrimonio con el amor de mi vida, María José, en la Capilla de los Marineros de la calle Pureza. De la Esperanza de Triana cruzamos el puente a la Esperanza Macarena cuando iniciamos nuestra andadura matrimonial como vecinos de la calle Feria. En una semana hacemos 33 años de casados. Los años de Cristo y de nuestra fe compartida, rezada, llorada, sufrida y, por qué no, reída. Para contrarrestar eso que denunciaba Bernanos en 'Diario de un cura rural': "Mi parroquia se halla consumida por el aburrimiento; ésa es la palabra exacta. ¡Como tantas otras parroquias! El tedio lo devora todo ante nuestra vista y nos sentimos incapaces de hacer nada". Ayer fue el

santo de nuestro párroco de Ómnium Sanctórum, Pedro Juan Álvarez Barreda, que está en las antípodas de esa parroquia aburrida de la novela (((que leí una primera vez cuando se la regalaron a mi padre por hacerse socio del Círculo de Lectores. En mi segunda lectura, utilicé una de sus frases, "Antes de que los ángeles pecaran", para la introducción de mi biografía de Rafael Gordillo (un hombre bueno, que eso es mucho más que ganar cinco Ligas seguidas con el Madrid, ser un vendaval del Polígono con el Betis o jugar 75 partidos con la selección española))).

¿Por qué has venido a estorbarnos? Nos lo preguntan a nosotros cuando ponemos el grito en el cielo ante la indiferencia con la que se despachan en los mentideros políticos o periodísticos cuestiones como el aborto o la eutanasia. No entiendo dónde está el progresismo de esos supuestos avances. La Alemania de Hitler fue de los primeros países en legalizar la eutanasia. Y en algún sitio leí que el propio Hitler le regaló a Mussolini las obras completas de Nietzsche, aquel filósofo que certificó la muerte de Dios.

A Dios no lo ha visto nadie. Esto va también para muchos de los que hablan en su nombre. No hace falta ver para creer, lo comprobó el incrédulo de Tomás. Si no lo has visto, era Dios. Como aquella famosa sentencia de John Wayne en la película de John Ford: "Si no los ha visto, eran apaches".

¿Por qué has venido a estorbarnos? La familia es el baluarte fundamental de la fe. Atacar a la familia es el atajo más corto para hurgar en las heridas de la fe. Con la fe me pasa como con el fútbol: me siento más cómodo hablando con personas que viven ajenas a esos mundos. Igual



creen sin saberlo, igual son mejores que nosotros sin darse golpes de pecho. Además, vuelvo a la frase de Teología en vaqueros, Dios los ama más que a nosotros. Y los escribas y fariseos forman legión. Me conmovió una frase del escritor británico Julian Barnes, al que descubrí en un libro titulado 'El loro de Flaubert'. Este autor enviudó y en algún sitio dijo esto: "No creo en Dios, pero lo extraño".

¿Imaginan al hombre o a la mujer del tiempo señalando en televisión el mapa de las isobaras, las borrascas y los anticiclones y diciendo: "¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?". Cristo de Poniente, Cristo de Levante.

En la foto de los poetas del 27, Federico García Lorca está junto a Alberti. Mi hija Carmen se casó el pasado 4 de junio, víspera del Domingo de Pentecostés. Fue de luna de miel a Nueva York y quise acompañarla leyendo 'Poeta en Nueva York', que Federico escribió después de residir en esa ciudad en 1929. (((Leí el primer verso minutos después de los atentados del 11-S: "Asesinado desde el cielo...". 21 años después ha sido una lectura más placentera))). Antes hice escala en el Romancero Gitano, que incluye unos poemas a los arcángeles, San Miguel en Granada, San Rafael en Córdoba y San Gabriel en Sevilla que se leen como oraciones. Leo unos versos del tercero:

Anunciación de los Reyes,  
Bien lunada y mal vestida,  
Abre la puerta al lucero  
Que por la calle venía.  
El Arcángel San Gabriel,

Entre azucena y sonrisa,  
Biznieto de la Giralda,  
Se acercaba de visita.  
En su chaleco bordado  
Grillos ocultos palpitan.  
Las estrellas de la noche  
Se volvieron campanillas.  
San Gabriel: aquí me tienes  
Con tres clavos de alegría.  
Tu fulgor abre jazmines  
Sobre mi cara encendida.  
Dios te salve, Anunciación.  
Morena de maravilla.  
Tendrás un niño más bello  
Que los tallos de la brisa”.

Luis Cernuda, que no estaba en la foto del 27, recreó Sevilla desde su destierro en Glasgow. El resultado es una obra maestra titulada 'Ocnos'. Miro al niño de la estampita de la primera comunión del 65 en la iglesia de Santa Bárbara, que ahora tiene 65 años, pienso en el niño asombrando a los doctores en el templo en la única bronca que le echa la Virgen María en todos los Evangelios, y leo lo que dice Cernuda en su relato 'El tiempo': "¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?". En el que titula 'Un compás' escribe: "Para un andaluz, la felicidad aguarda siempre tras de un arco". Ese arco de la Macarena que condensa toda mi vida familiar. Al otro lado del arco, el antiguo hospital de las Cinco Llagas donde nació María José, mi mujer. A este lado, la calle Escoberos en la que estaba la guardería de Alfonsa a la que llevaba a mis hijas Andrea y

Carmen. Siempre el mismo recorrido: Feria, Relator, Parras, cuando todavía existía la Bolera, y Escoberos. La calle Parras de Enrique Pavón y de la carbonería de Luis Astola en la que siguen cabiendo los siglos que caben en las horas de un niño y en la que nació Juanita Reina. La emperatriz de la copla fue la primera muerte importante en el periódico donde trabajo desde 1999, el Diario de Sevilla. Murió el mismo día que el poeta José Agustín Goytisolo, autor de esas hermosísimas Palabras para Julia:

Un hombre solo, una mujer, así tomados de uno en uno, son como polvo, no son nada.

La vida de la Iglesia es comunión o no será. No vale para nada el de uno en uno.

Un día mi mujer se encontró abandonado en un banco un libro del teólogo suizo Hans Kung titulado 'La Iglesia'. Más de seiscientas páginas de sabiduría eclesial. Yo lo entrevisté en Sevilla meses antes de la Expo. En su introducción escribe: "Sólo podrá enfrentarse con estos temas aquella Iglesia que sea cautiva de su Señor, en vez de serlo de sí misma, de las ideas y teorías, formas y leyes que ella misma se ha forjado; sólo la Iglesia cautiva de su Señor es verdaderamente libre y está abierta y ágil para responder a las exigencias, necesidades y esperanzas siempre nuevas de la humanidad".

Cuando nació Paco, Francisco Javier, el pequeño de mis hijos, ya no existía la guardería de Alfonsa. Dos días después de que viniera al mundo, moría su abuelo, mi padre. Se iba un Paco y venía otro. Un relevo generacional.

Ha salido de monaguillo en los Javieres. Su comunión eclipsó mi cumpleaños. Sus hermanas, las niñas de la guardería, una estaba de master en Ohio, la otra de Erasmus en Turku, Finlandia.

Empecé hablando de la Primera Comunión y voy a terminar con la Última Cena. ¿Sabéis cómo fue mi primer encuentro con el Señor en las calles de Sevilla? Domingo de Ramos de 1980. 30 de marzo. Un mes y dos días después del referéndum del 28-F. Yo vivía en la pensión de Inés, en la calle Alonso el Sabio antes Burro, entre Pérez Galdós y Puente y Pellón. Había ido a ver a mis padres al pueblo, a Puertollano. No había billetes de tren para la vuelta. El AVE era una quimera. Esa tarde fui al fútbol a ver un Calvo Sotelo-Ceuta. Hablé con el delegado del equipo visitante y me permitieron viajar con ellos hasta Sevilla. Me bajé en la Puerta Carmona, junto al hotel Fleming. Caminé por Escuelas Pías hasta la Encarnación. Por allí pasaba la Cena, el misterio de Sebastián Santos Rojas y Luis Ortega Bru. Muchos años después fui a la hemeroteca para comprobar que la memoria no me había traicionado. Efectivamente. El Ceuta jugó ese día en Puertollano contra el Calvo Sotelo. Me aceptaron como pasajero y eso que habían perdido el partido 2-0. Eso es generosidad.

Yo nací –respetadme– en tiempos del Papa Pío XII. Perdón que use la fórmula del poema de Alberti, que sí sale en la foto del 27. Cuando vivíamos en Galicia lo relevó Juan XXIII, que muere cuando ya estábamos en Puertollano. La comunión y el bachillerato los hago con Pablo VI. En el verano de la mili en Cáceres, 1978, mueren dos Papas, Pablo VI y Juan Pablo I, Montini y Luciani. Los dos últimos pontífices italianos. Mis años en El Correo, Diario 16 y El País son años de Juan Pablo II, el Papa polaco

que visitó tres veces Sevilla. Muere en 2005, el mismo año que Eulogio, mi suegro. En un monitor de El Corte Inglés nos enteramos del nombramiento de Joseph Ratzinger, que renuncia en 2013. En Semana Santa cumplió 95 años. Nació en 1927, como García Márquez, Puskas y Kubala. El año de la foto de los poetas en el Ateneo. El Papa Francisco fue pastor en Buenos Aires. Ha traído Nuevos Aires a la Iglesia. Bergoglio, el amigo y lector de Borges, que estuvo en Sevilla en 1984, en el hotel Doña María, y prefirió oír flamenco antes que los sonetos de Shakespeare. Siete Papas. Los siete magníficos. Siete personalidades muy diferentes. La pluralidad de la Iglesia contrasta con la falta de pluralidad de quienes la ven desde fuera. Él, nuestro Señor de la Sentencia, nos enseñó a no juzgar para no ser juzgados. Que al menos los demás no nos prejuzguen.

A mis muchos amigos macarenos. Al gran Capitán. A los armaos que me enseñaron esta historia apostólica y romana; al enigma de Pilatos, el único nombre propio del Credo, testigo del juicio más injusto de la Historia a un reo sin rencor que nombró santo a un ladrón, entregó las llaves a quien le negó tres veces y evangelizó con la lección de una prostituta. A Ricardo Suárez, que me acercó a la Madre de Dios con la perspectiva de los artistas.

¿Por qué has venido a estorbarnos?

Como diría un político antes del plasma, le agradezco que me haga esa pregunta.

P.D.: Bromeando con unos amigos, les dije que el peso del Señor era tan importante en Sevilla que no había más que fijarse en los autores de los goles del 12-1 a Bonello, el portero de Malta el 21 de diciembre de 1983 en el Benito Villamarín: cuatro de Rincón, cuatro de Santillana, dos de Maceda, uno de Sarabia, otro anulado de Gordillo... y Señor, repetida la palabra hasta la saciedad en la retransmisión de José Ángel de la Casa.

Gol de Señor. El Señor siempre gana porque está con los perdedores. ¿Quién eres, Señor? Una pregunta que se sigue haciendo dos mil años después. "¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?", preguntaba a sus discípulos en Cesarea de Filipo. Ante las diferentes respuestas, que si Juan el Bautista, Elías, Jeremías o uno de los profetas, les volvía a preguntar: "¿Y vosotros, quién decís que soy yo?" ... Hasta el viento y el mar le obedecen. Dios os bendiga.

